

LIBRO IV

CAPÍTULO I

Proemio

2.127 El entendimiento humano, que saca de las cosas sensibles la ciencia que le es connatural, no puede por sí mismo llegar a comprender la sustancia divina en sí misma, la cual trasciende sin proporción todos los seres sensibles y aun todos los otros seres. Pero como quiera que el bien perfecto del hombre consiste en que conozca de algún modo a Dios, para que no parezca que una tan noble criatura es en realidad totalmente en vano desde el momento en que no puede alcanzar su propio fin, se le proporciona al hombre un camino por el cual pueda remontarse hasta el conocimiento de Dios, a saber: que como todas las perfecciones de las cosas descienden con cierto orden de Dios, vértice supremo de las cosas, así el hombre, comenzando por los seres inferiores y ascendiendo gradualmente, pueda llegar hasta el conocimiento de Dios, pues también en los movimientos corporales es uno mismo el camino por el que se baja y se sube, siendo distinto por la razón del principio y del fin.

2.128 Ahora bien, la razón por la cual este descenso de las perfecciones arranca de Dios es doble. Una por parte del primer origen de las cosas, ya que la sabiduría divina, a fin de que hubiera perfección en las cosas, las produjo ordenadamente; de suerte que la totalidad de las criaturas resultara de lo más alto y de lo más bajo de las cosas. La otra procede de las mismas cosas. Pues como las causas son más nobles que los efectos, los primeros seres creados desmerecen ciertamente de la primera causa que es Dios, los cuales, sin embargo, son superiores a sus efectos, y así sucesivamente hasta llegar a lo último de las cosas.

2127-2135 SIV. FERRAR, o.c., XV, p.57; GRIGER, *La participation...*, p.371 n.1; HAVEN, *La communication de l'être...*, p.53.

2127 HAVEN, o.c., p.50-51.

2128 GRIGER, o.c., p.385 n.3.

2.129 Y como en Dios, vértice supremo de las cosas, se encuentra la unidad más perfecta; y como cada cosa, cuanto es más una, tanto es más virtuosa y más digna, se sigue que cuanto las cosas se alejan más del primer principio, tanto mayor diversidad y variedad se encuentra en ellas. Conviene, por tanto, que el proceso de la emanación que deriva de Dios se unifique en el mismo principio, pero se multiplique según las cosas más inferiores en las cuales termina. Y así, según la diversidad de las cosas, aparece la diversidad de los caminos, ya que, arrancando de un solo principio, se dirigen a diversos términos.

2.130 Por estos caminos puede nuestro entendimiento subir hasta el conocimiento de Dios; pero, a causa de la debilidad de nuestro entendimiento, ni aun estos caminos podemos conocer perfectamente. Pues, como los sentidos, por donde comienza nuestro conocimiento, versan acerca de los accidentes exteriores, que son sensibles de por sí, como el color y el olor y otros semejantes; el entendimiento, por medio de estos accidentes exteriores, apenas puede llegar al conocimiento perfecto de la naturaleza inferior, aun tratándose de aquellas cosas cuyos accidentes comprende perfectamente por los sentidos.

2.131 Mucho menos, pues, podrá llegar a comprender las naturalezas de aquellas cosas de las cuales percibimos pocos accidentes por los sentidos. Y todavía menos las de aquellos seres cuyos accidentes no pueden percibirse por los sentidos, aun cuando se les pueda rastrear por ciertos efectos deficientes.

2.132 Pero, aun cuando las mismas naturalezas de las cosas nos fueran conocidas, con todo, sólo muy débilmente podemos conocer el orden de las mismas, según el cual por la providencia divina y por mutuo influjo se disponen y dirigen al fin, pues es cierto que no alcanzamos a conocer la razón de la providencia divina. Luego, si los mismos caminos son conocidos por nosotros imperfectamente, ¿cómo podremos por su medio llegar a conocer perfectamente el principio de estos mismos caminos? Y como sobrepasa dichos caminos fuera de toda proporción, se puede afirmar que, aun cuando conocié-

ramos perfectamente esos mismos caminos, con todo, no llegaríamos a obtener un conocimiento perfecto de su principio.

2.133 Por ser tan débil el conocimiento que de Dios, siguiendo dichos caminos, podía alcanzar el hombre por cierta manera de intuición intelectual, Dios, en un exceso de su bondad y a fin de que fuese más firme el conocimiento del hombre respecto de El, reveló a los hombres algunas cosas de sí mismo que sobrepasan el entendimiento humano. Y en esta revelación, hecha en conformidad con la naturaleza del hombre, se guarda cierto orden, de suerte que, poco a poco, de lo imperfecto se llega a lo perfecto, como ocurre en las demás cosas variables.

2.134 Así, pues, primeramente se le revelan al hombre estas cosas, de manera que no sean entendidas, sino solamente creídas, dando fe a lo que se ha oído; porque el entendimiento humano, según el estado presente en que está relacionado con lo sensible, de ningún modo puede elevarse hasta contemplar las cosas que sobrepasan todas las proporciones de los sentidos. Pero, cuando se vea libre de la dependencia de lo sensible, entonces será sublimado a contemplar las cosas de la revelación.

2.135 Por tanto, el conocimiento del hombre acerca de las cosas divinas es triple. El primero de los cuales se obtiene cuando el hombre, con la luz natural de la razón, por medio de las criaturas se remonta hasta el conocimiento de Dios. El segundo se logra cuando la verdad divina, que sobrepasa el entendimiento humano, desciende hasta nosotros por revelación, no para que la veamos como objeto de una demostración, sino para que la creamos al proponérsenos por revelación. El tercero ocurrirá cuando la mente humana sea elevada a contemplar perfectamente las cosas que han sido reveladas.

suficientemente demostrado que no hay en el Verbo, que ha hecho todas las cosas, ninguna semejanza de las mismas, sino una esencia verdadera y simple; que, al contrario, en las cosas creadas no hay esencia simple y absoluta, sino apenas una imitación lejana de esta verdadera esencia. De donde se sigue necesariamente que este Verbo no es más o menos verdadero según su semejanza con las cosas creadas, sino que las cosas creadas ocupan un lugar tanto más alto y son de una esencia tanto más digna cuanto más se acercan a este Verbo.

CAPÍTULO XXXVI

Que la manera con que habla y conoce las cosas que ha hecho es incomprendible

1.446 Se puede ver claramente, por lo que acabamos de decir, que la ciencia humana no puede comprender cómo habla este Espíritu y cómo conoce lo que ha sido hecho. Porque nadie duda que las substancias creadas sean en sí mismas bien distintas de lo que son en nuestro conocimiento. En sí mismas están por su propia esencia, mientras que en nuestro conocimiento no se encuentran sus esencias, sino solamente sus imágenes. Queda, pues, cierto que son en sí mismas más reales que en nuestro conocimiento, tanto más cuanto que están más realmente en algún lugar por su esencia que por su imagen. Puesto que, por lo demás, no es menos cierto que toda substancia creada está más realmente en el Verbo, es decir, en la inteligencia del Creador, que en sí misma, tanto más cuanto que la esencia creadora tiene una existencia más real que la esencia creada, ¿cómo podría el espíritu humano comprender esta manera de hablar las cosas y de conocerlas, manera superior y más real que todas las substancias creadas, si nuestra ciencia es superada por esta ciencia, en la medida en que su semejanza difiere de su esencia?

1446 ALAMEDA, o.c., p.281 n.1.

CAPÍTULO LXVII

Que el alma es el espejo y la imagen de esta esencia

1.447 Con justo título puede, por tanto, considerarse al alma como un espejo creado para sí misma, en el que debe ver, por decirlo así, la imagen del ser que no puede ver cara a cara. Porque si el alma es la única entre todas las cosas creadas que puede acordarse de sí misma, comprenderse o amarse, no veo cómo se podría negar que hay en ella una verdadera imagen de esta esencia, en la cual la memoria, la inteligencia y el amor constituyen una trinidad inefable. Ella hace ver también cuán semejante le es por la facultad que tiene de recordarse de ella, de comprenderla y amarla. Porque donde más se muestra verdaderamente su imagen, es en lo que tiene de más grande y semejante a la esencia suprema. No se puede pensar razonablemente que haya podido darse a una criatura inteligente nada más importante, más parecido a la sabiduría suprema, que la facultad por la cual puede recordar, comprender y amar lo que es excelente y grande por encima de todo. Nada se ha concedido a la criatura que presente hasta ese punto la imagen de su creador.

CAPÍTULO LXVIII

Que la criatura racional ha sido hecha para amar la esencia suprema

1.448 Parece seguirse necesariamente de lo que precede que la criatura racional no debe tener otro deseo más ardiente que el de expresar por una imitación voluntaria esa imagen que el poder de la naturaleza ha impreso en ella. Porque, independientemente de que debe al Creador lo que ella es, se ve fácilmente también que su destino principal es el de recordar, comprender y amar al soberano bien; se puede aún probar que no debe desear nada con más ardor. ¿Quién podrá

1447 ALAMEDA, o.c., p.331 n.1.

1448 MAZZARELLA, o.c., p.177.178.

negar, en efecto, que debíamos sobre todo querer cumplir lo que podemos hacer de mejor? Por lo demás, ser racional no es otra cosa más que poder discernir lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo mejor de lo menos bueno. Ahora bien, esta facultad sería enteramente inútil si el alma no pudiese amar o rechazar lo que ella distingue en virtud de un verdadero juicio y de una justa elección. Es, por tanto, evidente que ningún ser racional existe más que para amar más o menos o rechazar completamente lo que, en virtud de la facultad de distinguir por la razón, le parece más o menos bueno, o completamente malo. Nada, por tanto, más evidente que la condición con la cual está hecha la criatura racional: amar por encima de todo a la esencia suprema, que es el bien soberano; más aún, no amar más que a ella o a causa de ella, porque es buena por sí misma y nada es bueno más que por ella. Pero no puede amarla sin acordarse de ella y sin aplicarse a comprenderla. La criatura racional debe, por tanto, poner todo su empeño y voluntad en recordar, comprender y amar el bien supremo, único objeto para el cual sabe que ha recibido la existencia.

CAPÍTULO LXIX

Que el alma vive verdadera y felizmente amando siempre a esta substancia suprema

1.449 No hay duda de que el alma humana es una criatura racional; está hecha, por tanto, para amar la esencia suprema. Debe, pues, o amar sin fin o perder un día este amor voluntariamente o por la fuerza. Pero sería casi una impiedad el creer que la sabiduría suprema la haya hecho para que un día despreciase tan gran bien o, queriendo conservarle, le perdiese por alguna violencia. Luego hay que creer que ha sido hecha para amar sin fin a la esencia suprema. Pero no puede alcanzar este fin a menos de vivir siempre. Ha sido, pues, creada para vivir siempre, si quiere cumplir siempre el deber que le ha sido impuesto. También es completamente contrario a la idea que nos hacemos del Creador, soberanamente bueno, sabio y omnipotente, el aniquilar, mientras es verdaderamente

amado, lo que ha creado para amarlo, y, después de haber permitido que le ame siempre a un ser que no le amaba aún, el quitar cuando le ama, o permitir que se quite a este ser ese don privilegiado, de suerte que cese necesariamente de amarlo, sobre todo cuando no podemos dudar que la esencia suprema ama a toda naturaleza de la que es verdaderamente amada. Está, pues, claro que el alma humana no puede perder su vida si permanece fiel en su amor a la vida suprema. Pero ¿cuál será esta vida? ¿Qué hay de grande en una vida larga, a menos que se halle libre de toda amenaza de sufrimiento? ¿Qué es vivir en el temor, en el padecimiento, o engañado por una falsa seguridad, sino vivir miserablemente? Aquel, por el contrario, que vive libre de estos males es feliz. Ahora bien, va contra toda razón el suponer que, amando siempre a aquel que es soberanamente bueno y todopoderoso, un ser, de cualquier naturaleza que sea, pueda vivir desgraciado. Síguese, pues, con toda evidencia, que el alma humana es de tal condición, que, si se une con perseverancia al objeto para el cual ha sido creada, debe vivir feliz algún día, verdaderamente tranquila entonces contra el temor de la muerte y toda otra miseria.

PROSLOGIO

Edición citada: *Obras completas de San Anselmo. I: Monologio, Proslogio...*, Introducción general, versión castellana y notas teológicas, sacadas de los Comentarios del P. Olivares, O.S.B., por J. Alameda, O.S.B. (BAC, Madrid 1952).

BIBLIOGR. GEN.: ALAMEDA, O.C., p.353-357; M. J. CHARLESWORTH, St. Anselm's «Proslogion», with A Reply of the Fool by Gaunilo and the Author's Reply to Gaunilo, translated with an Introduction and philosophical Commentary (Oxford 1965, repr. 1968); I. ESCRIBANO ALBERCA, El alcance teológico del «Proslogion» de San Anselmo: Verdad y Vida 23 (1965) 237-253; St. Anselm's Proslogion: A Hermeneutical Taste by R. A. HERRERA: Anal. Anselm. III (Frankfurt a. M. 1972) p.141-145; DOM M. CAPPUYNIS, L'argument de Saint Anselme: Rech. théol. anc. méd. 6 (1934) 313-330; M. F. ALISHOUSE, An Evaluation of Anselm's Ontological Argument: Dissert. Abstracts 27 (1966) 241s; E. MACCAGNANO, La continuità di «Monologion» e «Proslogion», Studi in onore di S. Anselmo (Milano 1974); J. MARÍAS, San Anselmo y el inenarrable (Madrid 1944); P. MAZZARELLA, Il metodo del «Proslogion» secondo alcune interpretazioni, in Il pensiero di S. Anselmo d'Aosta (Padova 1962) p.306-361; Id., Il valore filosofico del «Proslogion», o.c., p.362-382.

PROEMIO

1.450 Después de haber presentado en un opúsculo, cediendo a los ruegos de algunos hermanos, que pudiese servir de ejemplo de meditación de los misterios de la fe a un hombre que busca en silencio consigo mismo descubrir lo que ignora, me he dado cuenta que esta obra tenía el inconveniente de hacer necesario el encadenamiento de un buen número de raciocinios. Desde ese momento comencé a pensar si no sería posible encontrar una sola prueba que no necesitase para ser completa más que de sí misma y que demostrase que Dios existe verdaderamente; que es el bien supremo que no necesita de ningún otro principio, y del cual, por el contrario, todos los otros seres tienen necesidad para existir y ser buenos; que apoyase, en una palabra, con razones sólidas y claras, todo lo que creemos de la substancia divina. Al revolver con infatigable atención estos pensamientos en mi mente, me parecía unas veces que iba a obtener lo que buscaba, y otras que la solución de esta dificultad se desvanecía para siempre y enteramente de mi espíritu. Desesperado, por fin, de llegar a ello, decidí dejarlo como algo cuya búsqueda era vana e imposible de obtener. En el temor de que este pensamiento ocupando inútilmente mi espíritu, le apartase de otros objetos en el estudio de los cuales podía hacer útiles progresos, quise alejarle completamente de mí. Pero cuanto más me defendía contra esta idea y menos quería darle entrada, más me perseguía ella con una especie de importunidad. Un día, pues, cansado ya de resistir a esta persecución importuna, en la lucha misma de mis pensamientos, se ofreció la idea que ya desesperaba de encontrar, y la acogí con tanto entusiasmo como cuidado había puesto en rechazarla.

1.451 Pensando en seguida que lo que yo había encontrado con tanto placer podría, si era desarrollado por escrito, causar otro tanto al que lo leyese, escribí sobre este tema y algunos otros el opúsculo siguiente, en el cual hago hablar a una persona que busca elevar su alma a la contemplación de Dios y que

1450 CHARLESWORTH, o.c., p.49,55; MAZZARELLA, o.c., p.375.
1451 G. S. KANE, «*Fides quaerens intellectum in Anselm's thought*», *Scottish Journal of Theology* 26 (1973) n.1 p.40-62.

se esfuerza en comprender lo que cree. Y como ni el primer tratado ni éste me parecen merecer el nombre de libro, ni ser bastante considerables para que se colocase al frente el nombre del autor, pero que, sin embargo, era necesario que tuviesen un título que invitase a leerlos a aquellos en cuyas manos podrían caer, les puse uno a cada uno de ellos, y designé al primero por estas palabras: *Ejemplo de meditación sobre el fundamento racional de la fe*; y al segundo por éstas: *La fe buscando apoyarse en la razón*.

Pero como fueron transcritos después por varios con esos títulos, me persuadieron algunas personas, y entre ellas el reverendo arzobispo de Lyon, Hugo, legado apostólico de la Galla, más bien me ordenó con su autoridad apostólica que pusiera en él mi nombre. Para que esto fuera más fácil, intitulé a uno *Monologium*, es decir, conversación conmigo mismo, y el otro *Prologium*, es decir, alocución.

CAPÍTULO I

Exhortación a la contemplación de Dios

1.452 Oh hombre, lleno de miseria y debilidad!, sal un momento de tus ocupaciones habituales; ensimismate un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos; arroja lejos de tí las preocupaciones agobiadoras, aparta de tí tus trabajos y inquietudes. Busca a Dios un momento, sí, descansa siquiera un momento en su seno. *Entra en el santuario de tu alma, busca a Dios, excepto de Dios y lo que puede ayudarte a alcanzarle, búscalo en el silencio de tu soledad. ¡Oh corazón mío, qué contristas tus fuerzas, dí a Dios: Busco tu rostro, busco tu rostro, ¡oh Señor!*

1.453 Y ahora, ¡oh Señor, Dios mío!, enseña a mi corazón dónde y cómo te encontrará, dónde y cómo tiene que buscarle. Si no estás en mí, ¡oh Señor!, si estás ausente, ¿dónde te encontraré? Desde luego habitas una luz inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa luz inaccesible? ¿Cómo me aproximaré a

1452 CHARLESWORTH, o.c., p.53,54; ALAMEDA, o.c., p.361 nt.1; J. MARÍAS, o.c., p.8-10; MAZZARELLA, o.c., p.261 nt.49.
1453 MAZZARELLA, o.c., p.178,367.

ella? ¿Quién me guiará, quién me introducirá en esa morada de luz? ¿Quién hará que allí te contemple? ¿Por qué signos, bajo qué forma te buscaré? Nunca te he visto, Señor Dios mío; no conozco tu rostro. ¿Qué hará, Señor omnipotente, este tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, atormentado con el amor de tus perfecciones y arrojado lejos de tu presencia? Fatígate intentando verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en el deseo de encontrarte, e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro. Señor, tú eres mi Dios, tú eres mi maestro, y nunca te he visto. Tú me has creado y rescatado, tú me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te conozco. Finalmente, he sido creado para verte, y todavía no he alcanzado este fin de mi nacimiento.

1.454 ¡Oh suerte llena de miseria! El hombre ha perdido el bien para el cual ha sido creado. ¡Oh dura condición, oh cruel desgracia! ¡Ay! ¿Qué ha perdido y qué ha encontrado? ¿Qué se le ha quitado? ¿Qué le ha quedado? Ha perdido la dicha para la cual había nacido, ha encontrado la desdicha para la cual no estaba destinado. Ha visto desvanecerse lejos de él las condiciones necesarias de la felicidad, y no le queda más que una desdicha inevitable. El hombre comía el pan de los ángeles, ahora tiene hambre y come el pan del dolor, que ni siquiera conocía entonces. ¡Oh duelo público de la humanidad, gemido universal de los hijos de Adán! Este padre común gozaba en la abundancia, ahora gemimos en la necesidad; mendigamos, y él estaba en la riqueza. Poseta felicidad! lo ha perdido todo y vive en las angustias de la miseria; como él, estamos nosotros en la necesidad y el dolor; formamos deseos sellados con el carácter de nuestros sufrimientos y, ¡ay!, no son satisfechos. Puesto que lo podía fácilmente, ¿por qué no nos ha conservado un bien cuya pérdida debía sernos tan dolorosa? ¿Por qué nos ha cerrado el acceso a la luz y nos ha rodeado de tinieblas? ¿Por qué nos ha quitado la vida para condenarnos a muerte? ¡Desgraciados! ¿De dónde hemos sido arrojados? ¿Dónde hemos sido relegados? ¿De dónde hemos sido precipitados? ¿En qué abismo hemos sido sepultados? Hemos pa-

sado de la patria al destierro; de la vista de Dios, a la ceguera en que nos hallamos; de la dulce inmortalidad, a la amargura y el horror de la muerte. ¡Funesto cambio! ¡Qué mal tan horroroso ha reemplazado a tan gran bien! ¡Pérdida lastimosa, dolor profundo, terrible reunión de miserias!

1.455 ¡Cuán desgraciado soy, hijo infortunado de Eva apartado de Dios por el crimen! ¿En qué empresa me he metido? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Dónde iba? ¿A dónde he llegado? ¿Qué es lo que yo pretendía? ¿A qué término he llegado? ¿Quién suscita mis suspiros? *He buscado la dicha, y la consecuencia ha sido la agitación.* Yo quería ir hasta Dios, y no he encontrado más que a mí mismo. Buscaba el descanso en el secreto de mi soledad, y no he encontrado en el fondo de mi corazón más que dolor y tribulación. ¿Quería alegrarme con toda la alegría de mi alma? Me veo obligado a gemir con los gemidos de mi corazón. Esperaba la felicidad, y no he encontrado más que una triste ocasión de redoblar mis suspiros.

1.456 Y tú, Señor, ¿hasta cuándo nos olvidarás? ¿Hasta cuándo apartarás de nosotros tu rostro? ¿Cuándo volverás hacia nosotros tus miradas? ¿Cuándo nos escucharás? ¿Cuándo iluminarás nuestros ojos? ¿Cuándo nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo accederás a nuestros deseos? Señor, vuelve tus ojos hacia nosotros, escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Sin ti no hay para nosotros más que desdichas; ríndete a nuestros deseos para que la dicha nos venga de nuevo. Ten piedad de nuestros trabajos y de los esfuerzos que hacemos para llegar hasta ti, sin cuyo socorro no podemos nada. Tú nos invitas, ayúdanos. Señor, yo te suplico que la desesperación no reemplace a mis gemidos; que la esperanza me permita respirar. Suplícote, Señor; mi corazón está sumergido en la amargura de la desolación que lleva en sí; endulza su pena por tus consuelos. Señor, empujado por la necesidad, he comenzado a buscarte; no permitas, te lo suplico, que yo me retire sin quedar saciado. Me he acercado para apaciguar mi hambre; que no tenga que volverme sin haberla satisfecho. Pobre como soy, imploro tu riqueza; desgraciado, tu misericordia; que la negativa y el desprecio no sean el efecto de mi oración. Y si suspiro por la

llegada de ese precioso alimento, que al menos no me falte después de la prueba. Encorvado como estoy, Señor, no puedo mirar más que la tierra; enderézame, y mis miradas se dirigirán hacia los cielos. *Mis iniquidades se han alzado por encima de mi cabeza*, me rodean por todas partes y me oprimen como una carga pesada. Desembárame de estos obstáculos, descárgame de este peso; que no me encierren en sus profundidades como en un pozo. Que me sea permitido volver los ojos hacia tu luz desde lejos o del fondo de mi abismo. Enséñame a buscar, muéstrate al que te busca, porque no puedo buscarte si no me enseñas el camino. No puedo encontrarte si no te haces presente. Yo te buscaré deseándote, te desearé buscándote; te encontraré amándote, te amaré encontrándote.

1.457 Reconozco, Señor, y te doy gracias, que has creado en mí esta imagen para que me acuerde de ti, para que piense en ti, para que te ame. Pero esta imagen se halla tan deteriorada por la acción de los vicios, tan oscurecida por el vapor del pecado, que no puede alcanzar el fin que se le había señalado desde un principio si no te preocupas de renovarla y reformarla. No intento, Señor, penetrar tu profundidad, porque de ninguna manera puedo comparar con ella mi inteligencia; pero deseo comprender tu verdad, aunque sea imperfectamente, esa verdad que mi corazón cree y ama. Porque no busco comprender para creer, sino que creo para llegar a comprender. Creo, en efecto, porque, si no creyere, no llegaría a comprender.

CAPÍTULO II

Que Dios existe verdaderamente, aunque el insensato haya dicho en su corazón: Dios no existe

1.458 Así, pues, ¡oh Señor!, tú que das la inteligencia de la fe, concédeme, en cuanto este conocimiento me puede

1457 J. MARÍAS, o.c., p.12-13; POUCHET, o.c., p.62; MAZZARELLA, o.c., p.178,179,367,369.
1458-1460 F. S. SCHMIDT, *Der Ontologische Gottesbeweis und Anselm: Analecta Anselm. III* [Frankfurt a. M. (1972)] p.81-94; SANTO TOMÁS, S. Th. I q.2 a.1 ad 2.
1458 CHARLESWORTH, o.c., p.54-72; A. KORYŔ, *L'idée de Dieu dans la philosophie de Saint Anselme* (Paris 1925) p.201; E. GILSON, *Le sens et la nature*

ser útil, el comprender que tú existes, como lo creemos, y que eres lo que creemos. Creemos que encima de ti no se puede concebir nada por el pensamiento. Se trata, por consiguiente, de saber si tal Ser existe, porque el *insensato ha dicho en su corazón: No hay Dios*. Pero cuando me oye decir que hay un Ser por encima del cual no se puede imaginar nada mayor, este

de l'argument de Saint Anselme: Arch. d'Hist. doctr. et lit. du M. A. 9 (1934) p.18; A. FOREST, *Le mouvement doctrinal du IX^e siècle*, en *Hist. de l'Église*, éd. BRUCCAT JARRY, XXIII (Paris 1951) p.61; M. MARCON, *Anselm: Ontological Arguments: The philos. Rev.* 119 (1960) 41-62; A. A. COCK, *The Ontological Argument for the Existence of God*, Aristot. Society Proceed., 18 (1917-1918) 363-384; J. MARÍAS, o.c., p.16-25; MAZZARELLA, o.c., p.369-372; M. GREGG HERNANDEZ, *Introducción al estudio del argumento ontológico*: Rev. de Fil. XI n.40 (1952) 1055; J. VILLEMEN, *«Id quo nihil maius cogitari potest»*, Über die innere Möglichkeit eines rationalen Gottesbegriffs: Arch. Gesch. Phil. 53 (1971) 279-299; Cf. BOYER, *De forma anselmiana argumenti ontologici*: Miscell. philos. R. P. J. GREDT, O. S. B., *Studia Anselmiana*, fasc. VII/VIII (Romae 1938); A. FOREST, *Remarques sur l'argument du «Prologion»*, Scritti in onore C. GILSON, p.147-172; P. NAUDET, *Reflexions sur la portée de la preuve ontologique chez Anselme de Cantorbery*: Rev. Méta. Mor. 74 (1969) 1-20; M. RORTY, *A note on Anselm's ontological argument*: Mind 79 (1970) 270-271; V. LAVIA, *Filosofia e «argomento ontologico»*: Teoresi 27 (1972) 37-49; Cf. HARTSDORF, *Anselm's discovery: A re-examination on the ontological proof for God's existence* (La Salle 1973); R. M. ADAMS, *The logical structure of Anselm's argument*: Phil. Rev. 80 (1971) 28-54; R. M. MARTIN, *On the logical structure of the ontological argument*: Monist 57 (1973) 297-311; P. CRAWFORD, *Existence, predication and Anselm*: Monist 50 (1966) 109-124; D. M. LOGGHE, *Is existence a predicate in Anselm's argument?*: Rel. Stud. 2 (1966-1967) 121-127; C. OTTAVIANO, *Le basi psicologiche dell'argomento ontologico in un importante brano del «Dialectica Anselmi»*: Sophia 38 (1970) 68-79; L. REISS, *Anselm's arguments and the double-edged sword*: Philos. R. 2 (1970-1971) 511-530; J. BECKERT, *Das Noumen Argument des Anselms von Cantorbery*, Seine Idee und Geschichte und seine Bedeutung für die Gottesfrage von heute: Freib. Zeit. Phil. Theol. 22 (1972) 171-203; THE ONTOLOGICAL ARGUMENT: From St. Anselm to contemporary philosophers, ed. by A. PRATTINA (Toronto, London 1968); M. R. COSGROVE, *Thomas Aquinas on Anselm's argument*: Rev. Met. 27 (1975-1974) 513-530; KARL BARTH, *«Fides quaerens intellectum»*, *Anselmus Beweiser der Existenz Gottes im Zusammenhang seines theologischen Programms* (München 1931); H. BOUTILLARD, S. J., *La preuve de Dieu dans le «Prologion» et son interprétation par Karl Barth*: Spic. Becc. I p.191-207 (Bibliogr. p.191 nt.2); S. VANNI ROVIGLI, *C'è un «secondo argomento ontologico?»*, en «Sola ratione...» p.79-86; D. P. HENRY, *St. Anselm as a logician*, en «Sola ratione...» p.1-23; Id., *Was saint Anselm really realistic?*: Ratio 5 (1963) 181-189; R. C. WATT, *TEMORE, Parenthetische implications of the ontological argument*: South. J. Phil. 9 (1971) 157-162; J. N. CUBA, *Commitment and justification: a new look at the ontological argument*: Intern. phil. Quart. 13 (1973) 335-346; T. J. GROSS, *The fallacy of Anselm's argument*: Dialogue, Journ. of Phil. Sigma, Tau Milwaukee 15 (1972-1973) 3 p.65-70; A. W. WALD, *The fool and the ontological status of St. Anselm's argument*: Heythrop 15 (1974) 406-422; R. R. LA CROIX, *Malecot's Prologion III argument*: Sophia (aust.) II (1972) 13-19; Id., *Prologion II and III: A third interpretation of Anselm's argument*: Sophia (aust.) II (1972) 13-19; C. VIOLA, S. J., *La dialettica de la grandeur. Une interprétation du «Prologion»*: Rech. théol. anc. médiev. 37 (1970) 23-55; A. BECKHAAR, A. A., *Une justification platonicienne de l'argument a priori?*: Spic. Becc. I p.186-187-190; R. BRECHER, *«Grunderweis in Anselm's ontological argument»*: Phil. Quart. 24 (1974) 97-103.